

SALVADO POR UN OSO

Ignacio era cartero en el Polo Norte. Una noche sus seis perros murieron envenenados al comer pescado congelado. Ignacio se encontraba a más o menos 160 kilómetros del puesto más próximo, y la temperatura era de 40 grados bajo cero.

Inmensamente triste debido a la muerte de sus perros, el pobre hombre estaba a punto de desistir de todo y morir; pero tenía la esposa y un bebé que lo esperaban. Sin embargo, ni aun el recuerdo de sus queridos conseguía impedir que sus pensamientos vagasen errantes.

Antes, tenía el placer de conversar con sus perros, que parecían casi humanos; pero ahora no se oía ningún sonido, excepto el estallido del hielo, y nada, nada se veía a no ser nieve de deslumbrante blancura, en una extensión inmensa. Su costra ondulada, con muchos centímetros de espesura, parecía tan sólida como el hielo. La soledad era intraducible. Abandonó parte de la carga de su trineo, y tiraba de él día tras día; a la noche dormía sobre él, envuelto en un saco de piel de animales polares.

Finalmente, el pobre hombre sintió que no iba a aguantar más. Clamó entonces en agonía al grande Padre: "¡Oh, no me dejes continuar así tan solo; envíame a alguien, por favor, mándame a alguien, si no muero!". La siguiente noche volvió a acostarse envuelto en el saco de piel y se durmió. De pronto, sintió que algo lo estaba empujando.

¿Qué podría ser? Ignacio abrió los ojos, y allí, delante de él, estaba un gran oso. El animal pareció sorprendido, pues nunca antes había visto algo semejante. Por extraño que parezca, Ignacio no sintió miedo. Se levantó y alimentó al oso con el pescado congelado que todavía le quedaba en el trineo. El oso actuó como si fuera un enorme perro salvaje. Después de satisfecho, se acostó al lado de Ignacio, que entonces tomó su propio desayuno. Y cuando se puso nuevamente en camino, el oso lo siguió trotando a su lado.

"Por cierto, el gran Padre me lo envió", pensó Ignacio. Por la noche, otra vez le dio comida al oso, y ambos se acostaron lado a lado, y el calor del peludo animal trajo vida nueva a Ignacio. Cuando faltaban apenas unos 8 kilómetros para llegar al puesto, de repente el oso cambió de rumbo y se dirigió al inmenso bosque, e Ignacio nunca más lo vio.

Cuando llegó al puesto y contó su historia, el oficial de turno dijo: "Ignacio es el hombre más valiente del Polo Norte; ciertamente el buen Dios envió al oso para que él no perdiera la razón".